

Un domingo del mes de mayo, Carla, decide visitar a su abuela, que desde hacía más de un año estaba ingresada en el hospital de San Miguel, a causa de una fractura de cadera que había sufrido en el comedor de su casa, cuando resbaló con un poco de agua que alguien derramó en el suelo. El golpe fue mortal, y nunca mejor dicho, porque a sus noventa y dos años ya tenía una descalcificación de mucho cuidado, tanto era así, que no pudieron ponerle una prótesis: los huesos los tenía hechos bicarbonato.

A raíz de aquella dichosa caída, y debido también a su mucha edad, que todo hay que decirlo, se le complicaron muchas cosas, tantas, que los médicos la dieron por desahuciada, y es por eso que la habían trasladado del hospital de la Seguridad Social al de San Miguel, para que muriera en paz. Morir iba a ser seguro, pero en paz, eso era otra cuestión.

Cuando Carla se encontraba en la puerta principal del hospital donde estaba encamada su abuela, estuvo a punto de desistir de hacerle la visita, pero lo pensó mejor y al final accedió al centro hospitalario. Se acercó a información y preguntó por el nombre y los apellidos de su abuela y le dijeron que estaba en la habitación N° 721. Después de recorrer varios pasillos y subir unos cuantos tramos de escalera, dio con la habitación.

Hortensia, que así era como se llamaba la abuela, no daba crédito a lo que veían sus ojos bajo el umbral de la puerta, y no salió de la duda hasta que Carla no estuvo cerca de ella. Hay que ver lo que había cambiado en poco más de un año, ya era una mujer, alta, rubia, con el pelo largo y recogido atrás en una

cola de caballo, y unos ojos grandes y azules que realzaban aún más su belleza.

- Hola mi niña – dijo la abuela.

- Hola abuela. ¿Cómo estás?- contestó Carla.

- Bien, estoy bien – dijo la abuela cogiéndole la mano y no pudiendo evitar que le resbalaran dos lágrimas por la cara.

- Pronto estarás en casa. – le dijo la nieta.

Hortensia esbozó una tenue sonrisa, como respuesta al estímulo que le produjo aquella mentira piadosa.

- Hay que ver lo que has cambiado desde que no te veo. Ya eres toda una mujer – repuso la abuela intentando no darle la menor importancia al comentario de Carla.

La abuela, también había experimentado un gran cambio, desde aquel fatídico día que se cayó en el comedor de su casa no se había repuesto, sino todo lo contrario, fue cayendo en un pozo sin fondo del que no veía la manera de salir de él. Su aspecto era deplorable, los cabellos sin peinar, la cara arrugada y enjuta, la boca sin dientes, los brazos delgados como sarmientos y llenos de hematomas producidos por la aguja de los sueros, era la muestra de la crueldad del paso del tiempo cuando ya se han vivido muchos años.

La nieta la contemplaba y le parecía mentira

que aquella mujer impedida y esquelética, hubiera sido en otro tiempo de armas tomar. La recordaba hacía cinco años, cuando ella tenía tan sólo doce, como una mujer vital, aunque haciendo honor a la verdad hay que decir que era orgullosa, posesiva y muy celosa.

Conforme iba pasando el tiempo de la visita, la voz de Hortensia se fue debilitando hasta que se hizo casi inaudible, entonces, llevó la mano al cajón de la mesita que había junto a la cama y extrajo de él un cuaderno de tapas color azul y se lo dio a su nieta diciéndole:

- Toma, esto es para ti.

- ¿Esto qué es abuela?

- En este tiempo que he estado en cama sin hacer nada, he pensado y meditado mucho, y he llegado a la conclusión de los muchos errores que cometí a lo largo de mi vida y de los que ya no sirve para nada arrepentirse, porque, a veces. la experiencia es un peine que la vida nos da cuando ya no tenemos pelos. Espero que te sirva para no tropezar en las piedras que lo hice yo, aunque nunca se escarmienta en cabeza de otro.

- Gracias abuela, lo leeré y lo guardaré como un tesoro – le dijo la nieta visiblemente emocionada.

Hortensia quiso seguir hablando, pero las palabras no le salían ya del cuerpo y terminó por quedarse dormida.

Carla se sentó y abrió el cuaderno que tenía puesto en la portada: Para mi nieta Carla, y comenzó a leer.

Lo más probable es que cuando leas estas páginas yo ya no esté en este mundo. En ellas te cuento lo amarga y lo dulce que ha sido conmigo la vida, y los grandes errores y casuales aciertos que cometí, o que quiso ella que cometiera. A estas conclusiones he llegado después de mucho pensar y meditar, y quiero pedirte perdón por lo que tocante a ti, haya podido perjudicarte mi comportamiento en la medida que lo hizo con tus padres, al negarme rotundamente a contribuir por su felicidad.

Yo nací en el año 1.914 y tuve una infancia feliz. Mi familia era de una clase media alta, según se catalogaba en aquellos tiempos la sociedad de clases, o la clase de sociedad. Mi padre era periodista y tenía cierta popularidad como escritor. Sus artículos se podían leer en la Gaceta Literaria, una revista de la cual él era el director, y en varios periódicos del país. También

escribía novela, ensayo, relato o cuento corto, poesía, es decir, tocaba todas las modalidades de la literatura. Mi madre estaba licenciada en historia del arte y daba clases en un instituto de enseñanza media. Era por eso, que la aportación económica que hacían los dos al matrimonio fuera más que suficiente para llevar una vida holgada, por decirlo de otra manera, en mi casa, en aquellos tiempos se nadaba en la abundancia. Son vagos los recuerdos que tengo de aquel tiempo, sin embargo, no me ocurre lo mismo cuando retrocedo un poco menos atrás, hasta la adolescencia, cuando yo sólo tenía catorce años, es decir, cuando corría el año 1.928. Aquel año lo iba a tener siempre muy presente, tanto es así, que desde entonces no ha habido ni un sólo día que no se me venga a la memoria lo que supuso para mí aquella fecha fatídica: 15 de septiembre de 1.928, fue cuando falleció mi madre. Todo ocurrió en cuestión de tres meses. Una mañana, cuando se levantó de la cama y fue al servicio para asearse, se cayó mareada entre el lavabo y el plato de ducha, y estuvo allí tirada en el suelo más de tres horas, porque dio la casualidad de que aquel día estaba en casa sola. Fui yo quien la encontró apenas sin poderse mover y en estado de hipotermia. Con mucho trabajo la levanté del suelo y logré sentarla en el sofá, tenía el brazo y pie derechos casi totalmente paralizados.

Cuando fuimos mi padre y yo a recoger los resultados de las pruebas que le habían hecho en el hospital, nos llevamos una terrible sorpresa, el médico que nos atendió, sin dar ningún rodeo, nos dijo que mi madre tenía un tumor cerebral maligno, y que le quedaba de vida tres meses. A mí se me aflojaron las piernas y me puse pálida, quise llorar pero tenía un nudo en la garganta que no me dejaba. Miré a mi padre, él si lloraba desconsoladamente.

La muerte de mi madre supuso para mí un cambio total de planes, tenía que dejar los estudios y asumir la responsabilidad de llevar la administración de una casa, cuando tenía sólo

catorce años. Pero pronto iba a adaptarme a la nueva situación, yo sólo tenía que impartir órdenes a dos sirvientas que teníamos. Ellas hacían todas las labores de la casa: lavaban, planchaban, guisaban, etc... Yo administraba el dinero que me entregaba mi padre todos los primeros de mes: hacía la compra, pagaba todos los gastos que ocasionaba la casa y el salario del servicio, me convertí en una perfecta ama de casa.

Al principio, no voy a negarlo, le decía a Estrella, que era como se llamaba la sirvienta que guisaba -la otra, se llamaba Esperanza-que me dijera lo que tenía que comprar cada día para hacer de comer, y yo, tomaba buena nota en una hoja de papel que arrancaba de una libreta, para que no se me olvidara nada. Cuando pasó el primer mes, o sea, cuando llegó el día uno de octubre, yo no sabía lo que tenía que darles de sueldo, entonces les pregunté a las dos que cuánto tenía que darles de paga, y ambas me dijeron que ellas cobraban diez reales por día de trabajo, los mismos que yo les entregué sin pensarlo, pero ahora que repaso los muchos errores que he cometido, como ya te he dicho, llego a la conclusión de que ahí estuvo mi primer error, en entregarles sólo esa mísera cantidad de dinero a dos personas que estaban entregadas en cuerpo y alma a los quehaceres de aquella casa, que se levantaban todos los días a las ocho de la mañana para empezar sus faenas y se acostaban a las una de la noche. Diez reales a cada una, la comida y la cama, porque eran internas, a cambio de sus vidas. Diez reales a cada una, dos personas abnegadas y sumisas hasta más no poder, que sólo eran libres medio día a la semana.

Éste fue mi primer error y así te lo hago saber, desde ahora en adelante, sólo me limitaré a narrar los hechos, y los errores los dejo para que los juzgues tú.

Conforme fui teniendo más experiencia en comprar, fue más el dinero que me quedaba. En un principio estuve a punto de decírselo a mi padre, pero al final pudo más la tentación y opté por quedármelo. Así que no hubo mes que no estrenara unos

zapatos o un vestido, un perfume o unos pendientes, vivía como una reina. Mi padre nunca se enteró de aquello, él no se fijaba en el vestido ni en los zapatos que yo llevaba puestos, él sólo se limitaba a correr con todos los gastos entregándome una cantidad de dinero más que suficiente para cubrir los gastos del mes, y nada más. Pero nadie sabía las cifras de su cuenta corriente, la cual guardaba celosamente desde que mi madre murió. Los números debían ser altos a tenor de cómo vestía y de la vida que llevaba. Por la mañana, de ocho a dos de la tarde estaba todos los días, de lunes a viernes, encerrado en su despacho escribiendo, a las dos almorzábamos juntos, y era la media hora que duraba la comida y otra media que alargábamos la sobremesa lo que nos veíamos al día, o sea hasta las tres, que era cuando él salía de casa y no volvía hasta media noche, los fines de semana no regresaba, se iba el viernes a las tres y volvía el domingo ya mediada la noche. Yo me sentía muy sola en aquella casa tan grande en la que se había perdido la alegría desde que faltaba mi madre, me sentía como una reina en un desierto. Me parecía mentira que allí, en un tiempo no muy lejano hubiera habido tanta actividad, pues un día sí y otro no, teníamos la visita de algún amigo o matrimonio amigo de mis padres. A veces, eran amigos o amigas más las que se quedaban a comer, y en ocasiones también a dormir. Sin embargo, ahora, era rara la vez que venía alguien, aunque yo seguía guardando mis amistades del instituto, pero si quería verlas, tenía que ir yo a buscarlas. También me daba cuenta de que mi padre se había precipitado en tomar la decisión de quitarme del instituto, porque todos los días a partir de las once de la mañana, que era la hora en que venía del mercado de hacer la compra, ya no tenía nada que hacer, menos mal que me gustaba mucho la lectura y me pasaba casi todo el tiempo leyendo. Tanto era la inactividad que se respiraba ahora en aquella casa, que Esperanza, la sirvienta, había tomado la decisión de marcharse, porque se

tiraba todo el tiempo sin hacer nada, hasta ese extremo llegaba la honradez de aquella mujer. A si que nos quedamos solas las dos, Estrella y yo, en aquel piso de doscientos cincuenta metros cuadrados en la calle principal de la ciudad. Pero hay un dicho que dice que no hay mal que por bien no venga, o sea, que

aquella soledad iba a contribuir a que nos hiciéramos grandes amigas, casi como hermanas, pese a la diferencia de edad que había entre las dos. Yo le contaba todo lo que me pasaba y le preguntaba su opinión acerca de mis dudas, y ella me aconsejaba sabiamente. En una ocasión tuve una duda de amores y se lo conté a ella para que me diera su parecer:

- Estrella – le dije – tengo una duda y quisiera que con tu sabiduría me sacaras de ella.

- Tú dirás Hortensia.

- Como tú ya sabes hay un chico que es para mí más que un pretendiente.

- Sí ya lo sé.

- Pero hay otro que también me gusta y no quisiera dejar a ninguno de los dos, ¿tú que me aconsejas?

- Ya te he dicho muchas veces, que a mí, no me gusta dar consejos, pero lo que sí te voy a dar es mi opinión particular: Si intentas acomodarte entre dos sillas, lo más normal, es que te veas sentada en el suelo.

Yo, entendí perfectamente lo que me quiso decir, pero hice caso omiso a su opinión, y al final, terminé perdiendo a los dos. Como siempre, Estrella no se equivocó.

Los años que siguieron hasta que llegó el 1.936, fueron tediosos. Con contar lo acontecido en un día habrías contado lo ocurrido en ocho años. Ir todos los días a la compra, después, a eso de las once, ponerme a leer, pero entonces lo hacía en voz alta para que se enterara Estrella mientras hacía las labores o cocinaba, así hasta la hora de almorzar, que lo hacía con mi padre, como ya he dicho anteriormente. Por las tardes me ponía

a escribir poesía, o si venía alguna amiga jugábamos a algún juego de mesa o nos íbamos al cine, que casi siempre me tocaba a mí pagar, a las nueve de la noche cenábamos Estrella y yo, y después escuchábamos la radio o volvíamos yo a leer y ella a escuchar hasta que nos cansábamos y lo dejábamos para el día siguiente, que volvíamos a repetir las mismas cosas, parecía que el mundo se había parado y el tiempo no existiera. Cada año que pasaba tenía menos amigas con quien pasar las largas tardes, porque la que no era que se había echado novio, era que se había casado.

Pero llegó el año 1.936 y con él vino la guerra civil, que duró hasta el año 1.939, una guerra fratricida y absurda que sólo sirvió para llevar la ruina a muchos hogares españoles, el mío sería uno de ellos.

Al principio de las hostilidades nuestra ciudad estaba en poder de la izquierda, pero cuando se llevaba un año de lucha fue ocupada por la derecha, lo que provocó un verdadero cataclismo en casi todos los ciudadanos, y entre ellos me tocó a mí. Pero antes de decir lo que supuso para mí la guerra, voy a contar un hecho que ocurrió pocos días antes de que fuera tomada la ciudad por los nacionales.

Como todas las mañanas, Estrella, se dispuso a bajar a la portería para recoger la correspondencia de mi padre, y cuando fue a bajar el primer escalón, por lo visto, se le torció un pie o dio un tropezón, el caso es que perdió el equilibrio y cayó de frente escaleras abajo y fue rebotando en todos los peldaños hasta que dio con la cabeza en la pared del rellano siguiente. A causa del golpe se rompió el cuello, con tan mala suerte, que las vértebras cervicales le dañaron la médula espinal.. Pero eso no lo supimos al momento. Yo oí el golpe desde mi casa, y cuando fui a ver lo que había pasado, me la encontré inconsciente y tendida a todo lo largo en el rellano por debajo del tramo de escalera. Me di cuenta que sería algo grave al ver

que le salía sangre por la nariz. Sin pensarlo dos veces, fui al despacho de mi padre, y golpeé la puerta:

- Papá, papá, abre la puerta que tengo que hacer una llamada por teléfono, abre papá.

Mi padre abrió la puerta en seguida.

- ¿Qué pasa hija? ¿A qué viene tanto alboroto?

- Tengo que llamar por teléfono urgentemente, Estrella ha sufrido un accidente.

-¿Qué le ha pasado?

- Ahora mismo no puedo contarte nada, tengo que llamar al hospital.

Una vez hube hecho la llamada para que mandaran una ambulancia le dije a mi padre:

- Estrella se ha caído por la escalera.

- ¿Y qué le ha pasado?

- No lo sé, pero está inconsciente y hay un charco de sangre debajo de su cabeza.

- Vamos, haber si podemos ayudarle mientras llega el servicio de urgencias.

Pero poco podíamos hacer nosotros por ella, sino esperar sin moverla.

Cuando la ambulancia llegó, la accidentada respiraba con dificultad pero había dejado de sangrar por la nariz. El médico que vino, aunque era un hombre joven, se veía que tenía experiencia por la manera que tuvo de reconocer a la accidentada y pasarla a la camilla. Cuando terminó el reconocimiento, mi padre le preguntó:

- Doctor, ¿ha encontrado usted alguna lesión grave?

- ¿Qué parentesco tiene usted con la accidentada?

- Es mi sirvienta desde hace treinta años.

- Sí, tiene fractura de dos vértebra cervicales – dijo el médico -, pero no sé hasta que punto está dañada la médula. Para saberlo habrá que hacerle unas radiografías. Han hecho ustedes muy bien con no moverla, porque de haberlo hecho hubieran

empeorado la lesión. Por otro lado, tiene un trauma craneoencefálico, que es el que le ha producido la hemorragia nasal. También tiene una costilla fracturada y puede que le esté dañando el pulmón. Yo diría que su estado es grave.

- Gracias doctor, ha sido usted muy amable.

La ambulancia partió para el hospital clínico, y cuando llegó, Estrella ya era cadáver. Había sufrido una parada cardiorrespiratoria. De no haber sido así, se hubiera quedado tetrapléjica el resto de su vida. Ella había dejado de servirnos a nosotros para servir a la ciencia, porque mi padre y yo, sabíamos que no tenía familia y nadie reclamaría su cuerpo al hospital.

Pero como las desgracias nunca vienen solas, cuando a los pocos días los nacionales tomaron la ciudad y empezaron las persecuciones y las venganzas, a mi padre le retuvieron la cuenta corriente por estar afiliado al partido socialista, menos mal que él había sido previsor, y días antes de que esto ocurriera, había estado en el banco y sacado las joyas de mi madre, y una fuerte cantidad de dinero, aunque éste servía ya de poco para comprar, porque faltaban muchos alimentos y empezaba a escasear el pan. Las joyas y el dinero fueron a parar a la caja fuerte de su despacho, y me dio a mí el número de la clave, por si a él le ocurría algo. Mi padre había cambiado de actitud desde que fue tomada la ciudad, ahora no salía de casa para nada y no se pasaba la vida metido en su despacho, sino que me hacía compañía para que yo no me sintiera tan sola. Ahora era él el que leía en voz alta, mientras que yo trabaja en las tareas del hogar.

Una tarde, cuando el sol ya se había escondido, llamaron al timbre de la puerta, mi padre y yo nos miramos extrañados, como diciendo: ¿Quién será a estas horas? Me levanté de la silla y fui a abrir la puerta, pero cuando miré por la mirilla me quedé helada y estuve a punto de no hacerlo, pero el timbre sonó de nuevo, entonces abrí la puerta. Dos hombres que

parecían gorilas estaban en el rellano. Los dos llevaban sombrero de ala ancha y gafas negras con las que tapaban sus miradas:

- Buenas tardes – me dijeron los dos.

- Buenas tardes – les contesté yo.

- ¿Es este el domicilio de Gabriel García? – dijo uno de ellos.

- Sí, que desean – les contesté yo.

- ¿Está él en casa?

- Sí.

Iba a llamarlo, pero él lo había oído todo y no tuve necesidad de hacerlo.

- ¿Qué desean ustedes? – les dijo mi padre.

- Tiene que acompañarnos a comisaría – siempre hablaba el mismo hombre.

- ¿Se puede saber para qué? - dijo mi padre.

- El comisario quiere hacerle unas preguntas... cosa de rutina.

- ¿Y si me niego a ir?

- Tendríamos que llevarlo a la fuerza – dijo el hombre que se había mantenido callado hasta ahora.

- Veo que no tengo otra opción. Vamos entonces.

Mi padre empezó a bajar la escalera, y los dos hombres lo hicieron detrás. Yo, fui a asomarme por el balcón del comedor, para verlos salir a la calle. En la puerta de mi casa había un camión y un coche detrás. Los dos hombres subieron a mi padre a la caja del camión, que estaba cubierta con un toldo, después lo hicieron ellos en el coche. Los dos vehículos se pusieron en marcha, yo no volvería a ver a mi padre nunca más.

Todavía no me había recuperado de aquel golpe, cuando recibí una citación del Estado Mayor del Ejército, en la que me decía que me personara en sus oficinas por asuntos de mi interés en un plazo máximo de diez días. Al principio me

asusté, porque pensé que iba a correr la misma suerte que mi padre, pero después me armé de valor y fui a enterarme de qué se trataba. Las oficinas estaban en el edificio que antes era el Gobierno Militar, según la dirección que ponía en el aviso que me habían mandado. En la puerta había una garita y un soldado de centinela. Cuando fui a acercarme a él para preguntarle si era allí lo que yo iba buscando, él no me dijo nada, sino que dio una voz :

- ¡Cabo de guardia!

Y acudió otro soldado, pero éste llevaba unos galones rojos en las hombreras:

- ¿Qué desea usted? – me dijo.

- Vengo a esto.

Y le enseñé el sobre con el aviso.

- En aquella puerta de la izquierda.

Y me señaló una puerta que había en el patio de entrada.

Era un portal, a la derecha había una puerta que no ponía nada, y a la izquierda otra, que ponía: Estado Mayor del Ejército. Empujé a la puerta y entré. Dentro había un recibidor y una ventanilla. Me acerqué a ella. Dentro, dos hombres estaban sentados en sendas mesas. Uno tenía galones, el otro dos estrellas:

- Buenos días – dije yo.

Ninguno de los dos hombres contestó. El que tenía dos estrellas se levantó de la silla y se acercó a la ventanilla.

- ¿Qué desea? – me preguntó secamente.

- Vengo por esto – le dije tendiéndole el sobre con la citación

- Espere un momento – me dijo después de leerla –, voy a mirar en el archivo.

Pronto estuvo de vuelta con unos papeles en la mano.

- Tenemos una orden de expropiación contra Gabriel García López. Supongo que será algún familiar suyo.

- Sí, es mi padre – le dije yo - . ¿Y qué se le expropia?

El hombre de las dos estrellas se acercó a los ojos los papeles que había cogido del archivo, y después de leer el encabezamiento y la fecha, siguió leyendo:

- El gobierno, haciendo uso de lo dispuesto en el artículo 29 /143 de la Ley de expropiaciones, decide la expropiación sin indemnización de la vivienda sita en la calle Gan Vía de esta ciudad N° 14 segundo piso, propiedad de D. Gabriel García López, el cual, deberá desalojar en un plazo máximo de veinte y un días a partir de la fecha arriba indicada. Si cumplido el tiempo indicado no se ha llevado a cabo la retirada de todos los enseres y mobiliario, nos veremos obligados a usar la fuerza, y el ocupante/s será/n desahuciado/s en veinte y cuatro horas.

Firma: El teniente coronel del Estado Mayor del ejército.
Leopoldo Díez.

Yo me quedé sin palabras y como enajenada. El hombre de las dos estrellas me decía.

- Señora, señora, me está usted escuchando.
- Sí, lo estoy escuchado. Y sabe lo que le digo: Que yo no abandono mi casa, como no sea con los pies por delante.
- Usted, señora, sabrá mejor que nadie lo que hace – me dijo como con guasa.
- Sí, ya creo que lo sé.

Dicho esto di media vuelta, tiré de la puerta, y no dije ni si quiera adiós. Los malditos no se conformaban con haberme quitado a mi padre, querían despojarme de mi casa también. Pero cuando aún no habían pasado dos días, oí dar voces en la calle, me asomé al balcón y vi que estaban desalojando un piso de la casa de enfrente. A mi vecino le había pasado lo mismo que a mí. Entonces, me di cuenta de que la cosa iba en serio y me puse de inmediato a buscar un piso de alquiler. Entre los que encontré, me decidí por uno que estaba no muy lejos de donde yo vivía actualmente, estaba en la placeta de san Cristóbal. El piso era bastante más pequeño que el que me quitaban. Tendría aproximadamente ciento cincuenta metros

cuadrados, o sea cien metros menos que el mío. Por ese motivo, tuve que vender muchos muebles y el despacho de mi padre, con la biblioteca y todo, aunque yo me quedé con unos pocos de libros. Fue una miseria lo que me dieron por lo que vendí, ni siquiera la tercera parte de su valor real. Un dinero que en poco tiempo no iba a valer nada, porque fue retirado de la circulación por quienes ganaron la contienda.

Llegada la fecha que me dieron de plazo para dejar libre el piso de muebles y enseres, ni un día más ni un día menos, me mudé a mi nueva vivienda, en la que ya viví para siempre. En la que dejaba vivió bastante tiempo un alto cargo del ejército.

Cuando acabó la guerra, en el año 1,939, vino la posguerra que fue peor todavía. En aquellos días, que serían años, se vivió en la miseria. La gente, sobre todo los que habíamos perdido, no teníamos nada que llevarnos a la boca, y no fueron pocos, los que temiendo por sus vidas optaron por esconderse en la sierra, porque simplemente bastaba la acusación de algún vencedor para que fueran a sacarte de tu casa y sin más explicaciones te pusieran frente a un pelotón de fusilamiento y después te echaran a una fosa común, como debió pasarle a mi padre. La posguerra fue larga y mucho los muertos que hubo, tanto por ideologías como por envidias y rencillas.

Transcurrieron once años, y a mí, no me sirvió el dinero que me dio mi padre porque los nacionales lo retiraron de la circulación, y el que me dieron por la venta de las joyas de mi madre, que tan bien había administrado, se me terminó, aunque para decir la verdad, llevaba así como siete años cosiendo para la calle, y por ese motivo, me había durado tanto tiempo. Entonces, fue que se me ocurrió realquilar tres habitaciones que tenía libres. Primero alquilé sólo las habitaciones, pero después decidí poner pensión completa, es decir, desayuno almuerzo y cena. Los huéspedes que admitía eran todos estudiantes, porque así, cuando llegaba fin de curso hacíamos borrón y cuenta nueva. Algunos había, que terminaban la

carrera, y ellos mismos, me buscaban nuevo inquilino entre los compañeros de facultad. También tenía la ventaja de que haciéndolo así, podía descansar cuando llegaban las vacaciones de verano, navidad o semana santa, porque esos periodos de tiempo, ellos se iban a pasarlos con sus familias. Y fue a la vuelta de uno de estos espacios de vacaciones, concretamente después del verano de 1.949, cuando vendría a casa Víctor. Lo trajeron dos de los estudiantes que en aquellas fechas tenía en mi casa, para que cubriera el lugar dejado por un tercero, que aquel verano se fue con la carrera terminada. Víctor no era tan joven como los demás, tenía justo mi edad, treinta y cinco años. y había venido de Tenerife para terminar la carrera de farmacia, que la había dejado a falta de dos asignaturas cuando empezó la guerra, y unas veces por una cosa, y otras por otra, no había podido terminarla. Desde la primera vez que lo vi, sentí algo dentro de mí, como un cosquilleo que ya creía muerto y que no había vuelto a sentir desde hacía mucho tiempo, cuando todavía era una adolescente. Cuando lo veía no podía disimular el nerviosismo, ni ponerle freno a mi corazón, que quería salirse de mi pecho. Víctor era un hombre guapo y de complexión atlética, alto, moreno y de pelo rizado, tenía siempre la sonrisa prendida de los labios y la mirada irresistible de unos grandes ojos negros. Él era el tipo de hombre con el que yo había soñado tantas veces, y no sabía a ciencia cierta, si era verdad lo que veían mis ojos cuando lo tenía delante de mí, o era aquel sueño que había tenido tantas veces, que volvía a repetirse. El caso es que me enamoré perdidamente de él, me enamoré hasta tal punto, que dejé de cobrarle la estancia en mi casa, aunque él, al principio no quería, pero terminó aceptando (a nadie le amarga un dulce). A los dos meses de su llegada a mi casa, y después de llevar más de uno de apasionados encuentros me faltó la regla. Yo me preocupé mucho pero él me tranquilizó diciéndome que cuando terminara la carrera nos casaríamos. Los meses pasaban, a mi me iba engordando la

barriga y cada vez me costaba más trabajo hacer las faenas de la casa, que no eran pocas, y además llevar la costura al día, pero así iba a ser todo el tiempo hasta que diera a luz. La fecha prevista para el parto era a mediados de junio y Víctor terminó la carrera el día dos del mismo mes. Entonces me dijo que tenía que ir a Tenerife para preparar los papeles para la boda, y partió para la isla canaria el día tres de junio. El mismo día quince del dicho mes nació mi hijo, o lo que es lo mismo, tu padre. Era un niño precioso que nació con un peso de cuatro kilos. Cuando nació todavía no había venido su padre, ni vendría nunca más, se quedaría en las Canarias para siempre.

Yo sola crié a mi hijo a base de trabajar sin tregua, me daban las dos y las tres de la madrugada cosiendo para que a él no le faltara de nada. Cuando tuvo tres años lo puse en el colegio de los Maristas, en el que estuvo hasta que terminó el bachiller. Después estuvo en la facultad de derecho y se hizo abogado. Él fue quien me arregló los papeles para que cobrara los derechos de autor de las obras que mi padre tenía registradas en la Sociedad de Autores, una vez que había muerto Franco. Cuando tenía veinte y cinco años, conoció a tu madre, cosa que yo no acepté, porque mi hijo era sólo mío y no iba a aceptar compartirlo con nadie, y menos tratándose de una mujer. Pero él no me hizo caso y se casó con ella. Yo lo convencí para que se vinieran conmigo a vivir, porque para entonces yo ya había quitado la hospedería de mi casa, y sí lo hicieron. Él me entregaba a mí el sueldo y yo lo administraba y lo gastaba a mi gusto, también se comía a mi gusto. E incluso la herencia que en aquel tiempo recibió tu padre, porque Víctor se acordó de él en los últimos años de su vida, también intenté adueñarme de ella, pero entonces tu madre no lo permitió alegando que aquel dinero era de mi hijo, y con él iba a abrir un bufete de abogado. Tu madre y yo nos llevábamos al matar y teníamos a mi hijo entre la espada y la pared. Yo me apuntaba a salir con ellos adonde quisiera que fuera, al cine, al

teatro, o a tomar una copa, el caso es que siempre íbamos las dos cogidas de su brazo, una a cada lado.

Tu naciste a los nueve años de la boda de tus padres, cuando los tres nos creíamos que ya no venías, seguramente que tú estuviste todo ese tiempo negándote a venir a un hogar, entre comillas lo de hogar, en el que se respiraba nada más que malestar, y las disputas y los malos modos estaban a la orden del día. Con tu llegada se empeoró aún más la situación. Mi condición de posesiva alcanzó su máximo nivel y todo el día te tenía conmigo en brazos, y si por las tardes me echaba un poco te metía conmigo en la cama, lo cual, a tu madre no le hacía la menor gracia, y me decía:

- Abuela, no coja usted tanto a la niña, que después, no hay quien le haga estar en la cuna – o – abuela, no meta usted a la niña en la cama, que después no hay quien la saque de ella.

Tu presencia en aquella casa iba a ser el detonante para la ruptura total. Tu madre te vigilaba como una leona a su cachorro para que yo no te cogiera. Porque no quería que en un futuro, mi influencia sobre ti, fuera a tener el mismo resultado que había tenido con mi hijo. A si que a cada instante teníamos una bronca a causa de tu disputa, Hasta que llegó el momento en que ninguno aguatamos más. Entonces mi hijo y tu madre llegaron a un acuerdo, ella se iría con su madre y mi hijo se quedaría conmigo, pero lo que a mí no me convencía del todo era que te llevara consigo. Esta situación enfrió mucho al matrimonio y al cabo de dos años, tu madre y mi hijo terminaron separándose. Yo no volví a verte más hasta los doce años, que era la edad que el juez había fijado para que tú tuvieras decisión propia de visitar o no a tu padre. A partir de entonces te volví a ver más asiduamente. Pero desde que tuve la mala fortuna de caerme en el comedor de casa, va ya para más de un año, no he vuelto a verte. Espero que algún día te decidas a venir a ver a esta vieja que se consume poco a poco como la llama de un candil y totalmente sola, porque mi hijo

que era el único que antes venía a verme un día sí y otro no, ya tampoco lo hace, ahora viene nada más que de vez en cuando.

- En este tiempo que llevo hospitalizada - aunque sé que ya me falla la memoria y habré dejado algo en el tintero - he escrito una semblanza de lo más relevante de mi vida, como ya te he dicho al principio de este cuaderno, y quisiera entregártela con mi propia mano, para que no vaya a tomar un camino equivocado. Espero que me juzgues con ecuanimidad, y si lo crees oportuno, reza en sufragio por la salvación de mi alma.

Cuando Carla terminó de leer el cuaderno de pastas color azul, miró a su abuela, ésta tenía la boca abierta y parecía que no respiraba, entonces, la nieta extendió la mano y presionó el pulsador del timbre para que viniera la enfermera, la cual no tardó en acudir:

- ¿Qué pasa? – preguntó la enfermera.

- Es mi abuela. Parece que no respira – le contestó Carla.

La enfermera sacó del bolsillo de la bata el fonendoscopio y se lo puso en el pecho, después lo corrió a uno y otro lado.

-Voy a buscar al médico – dijo.- Y salió corriendo de la habitación.

Al instante entraban los dos por la puerta. El médico, después de tomarle el pulso a la enferma, auscultarla con el fonendoscopio y levantarle los párpados y mirar sus ojos con una linterna, dijo:

- ¿Es usted familiar suyo?

- Sí, soy su nieta – dijo ella.

- Lo siento, ha fallecido. Ahora cuando pueda, le haré el certificado de defunción.

Cuando Carla se quedó sola en la habitación con su abuela, le dio un beso en la frente, después, aunque no era creyente, se puso a rezar.

Para
mi nieta
Carla.

Manuel Paredes Expósito.